

EN ROMA, CON MONSEÑOR USSIA

POR MARINO GOMEZ-SANTOS

2

☆ «Los secuestradores cogían las cartas con las manos enguantadas»

☆ «¿Quién puede decir que en un caso así no ha sentido un poco de miedo?»

☆ «Esta mañana, al salir, oí que alguien ha gritado en italiano: venga, no hay nadie»

CONOCEMOS muy bien esa zona romana de vía dei Farnesi, campo dei Fiori —donde fué condenado a la hoguera Giordano Bruno—, vía Giulia, vía Monserrato. Forzosamente pasamos por ella más de una vez al día, pues

—¿No podía percibir los ruidos del exterior?

—Eso, como todo el plan del secuestro, estaba perfectamente previsto: habían colocado en la habitación una radio, que permaneció conectada durante todo ese tiempo a todo volumen.

acuerdo con los secuestradores.

Un punto oscuro

En el relato de monseñor Ussia hay muchos puntos oscuros, seguramente debidos a que no conoce demasiado bien la periferia de la ciudad.

No cree monseñor Ussia que le hallan trasladado de escondite y si que fué siempre el mismo donde permaneció los once días. Pero los investigadores suponen que permaneció en Roma durante la primera semana. Es más: puntualizan que debió ser albergado en una legación extranjera, de donde pudo haber sido sacado —previa administración de algún somnífero— para trasladarlo al lugar donde se hallaba cuando le liberaron.

—Además de español, ¿oyó usted que los secuestradores dominaban otro idioma?



Marino Gómez-Santos con monseñor Ussia, el embajador de España cerca de la Santa Sede, don Antonio Garrigues, y señores González de Mesa y Armesto

en nuestras cortas estancias en Roma vivimos siempre en el Corso Vittorio Emanuele, que está muy próximo.

—Al tomar asiento en la parte trasera del coche me colocaron unas gafas con cristales opacos, grandes, como de motorista o soldador.

El coche siguió su marcha. Cerca de la vía Cassia, más o menos junto al restaurante Ernesto, los secuestradores obligaron a monseñor Ussia a tenderse sobre el suelo del automóvil.

—¿Cuánto tiempo calcula usted que duraría la marcha?

—Más de tres cuartos de hora.

Monseñor Ussia ignora si el automóvil en que le llevaban los secuestradores circulaba dentro del casco urbano de Roma o por el campo.

Por supuesto, los tres individuos llevaban sombrero con el ala tan baja que les tapaba los ojos, y dos de ellos, pañuelos cubriendo la boca.

El escondite

La casa era modesta y el dormitorio que iba a ocupar monseñor Ussia durante los días del secuestro tenía tres camastros y las ventanas clavadas, con objeto de que no pudiese asomarse al exterior.

—Allí fuí obligado a permanecer en pijama. La luz eléctrica era muy escasa y para leer los periódicos que me entregaban era colocada una pequeña luz complementaria que iluminaba directamente el campo de lectura. Dos hombres me vigilaban durante todo el día y uno en la noche, durante el sueño. De estos tres, dos hablaban español. El tercero no abrió nunca la boca.

(Once días y once noches secuestrado en una habitación, con tres hombres que vigilan y una radio encendida a todo volumen, hace pensar que cualquier hombre, por mucha resistencia física que tenga, acabe con los nervios rotos, con los nervios materialmente machacados.)

—¿La habitación no fué ventilada en ese tiempo?

—Sí; aprovechaban el momento en que yo pasaba al baño.

Las cartas

—¿Cómo escribía usted las cartas?

—Al dictado. Para recogerlas se ponían guantes y, además, tomaban el sobre indirectamente; es decir, cogiéndolo con otro pliego de papel.

Monseñor Ussia está muy tranquilo, pensando en reanudar su trabajo en la Embajada.

—¿Cómo fué el trato que le dispensaron los secuestradores?

—Bueno. Algunas veces hasta intentaban ser amables. En todo momento me decían que nada temiese, que nada me ocurriría y que iba a ser puesto en libertad.

El primer domingo le pusieron la misa que retransmite la radio para enfermos e impedidos; pero al domingo siguiente se les olvidó.

Durante su cautiverio pudo hacer libremente sus prácticas religiosas. También leyó los periódicos que comentaban su secuestro, y al hacer el relato del mismo, monseñor Ussia no puede menos de mostrar su perplejidad ante el comentario de cierta Prensa italiana que se refiere a si monseñor Ussia estaba de

—Esta mañana, al salir, oí que alguien ha gritado en italiano: «Venga, no hay nadie.»

Durante el cautiverio, monseñor Ussia ha sido alimentado con sopas sintéticas, fiambres, verduras, frutas y queso del llamado mozzarella.

Monseñor Ussia no puede recordar ni la edad ni el físico de sus secuestradores, debido a las precauciones tomadas por ellos.

Primer colofón

No advertimos muestras de cansancio en monseñor Ussia. Ni palidez. Ni síntomas del nerviosismo que puede esperarse de una persona que ha corrido su tremenda aventura.

Cierto que monseñor Ussia es persona templada, de carácter apacible, con una resignación cristiana grande.

—¿Sintió usted miedo en algún momento, monseñor?

Vuelve a sonreírnos.

—Miedo, miedo... Sentía intranquilidad... Y, además, ¿quién puede decir que en un caso así no ha sentido un poco de miedo...?

Fuera está la plaza de España con sus escalinatas salpicadas de turistas y de azuleos. Los melenudos o «capeliutis» se sientan al borde de la pequeña fontana de Pietro Bernin, que se conoce por el nombre de la Barcaccia. En la vía Condotti, los escaparates de los modistas y de los joyeros brillan intensamente.

Monseñor Ussia se ha puesto una chaqueta de pijama, y aunque tenía intención de retirarse a descansar en las habitaciones de la Embajada de España, se ha quedado a ver por televisión el partido del Real Madrid con el Partizan, que se televisa desde el estadio Heysel.